

Cambiar la marea reaccionaria en los Estados Unidos

Revista: [Pasos a la izquierda N°20 \(Octubre 2020\)](#)

Por **ADOLPHE REED**

A principios de la primavera de 2015, a medida que aumentaba la intensidad del debate sobre la carrera presidencial de 2016, les comenté a mis amigos que mi único interés en el proceso era que alguien me recordara el día antes de las elecciones para votar por Hillary Clinton. Eso es lo que parecía una conclusión inevitable de que ella ganaría la nominación y de que, una vez más, tendríamos que aceptar la única razón que han ofrecido los demócratas neoliberales a la mayoría de los estadounidenses para votar por ellos, al menos desde Michael Dukakis: TOGIW, *The Other Guy Is Worse* ["El otro tío es peor". NdT]. Y razones sobre las que el otro tipo de propuesta ha empeorado cada vez más han tenido que ver con la audaz aceleración de los republicanos hacia una reacción horrible.

El ala dominante del Partido Demócrata no ha sido menos beligerante o intervencionista sobre el derecho al aborto, al tiempo que incluso en eso han abandonado el compromiso con los principios relacionados con los derechos reproductivos de las mujeres en favor de un apoyo tímido y evidente en favor de otros grupos de votantes para la "elección"; tiene una preocupación limitada por la desigualdad, así como por apoyar la lucha contra la discriminación y la celebración de la diversidad con un marcado sesgo de clase; ha incitado, si no impulsado, el ataque nacional a la educación pública por parte de saqueadores corporativos y sus tropas de choque 501(c); y casi ha expresado, abiertamente, su desprecio por la clase trabajadora de cualquier raza, género u orientación sexual.

Por supuesto, difundir la idea de que la nominación de Clinton era inevitable era parte de su estrategia de campaña y ha sido una característica del *clintonismo* desde que Bill se postuló en 1992. Desde que perdió en 2008 ante Obama, sus partidarios habían entrelazado ese derecho de Clinton con el feminismo burgués: era su turno, insistían muchos, porque a la histórica nominación del primer presidente negro debería seguir la igualmente histórica nominación de la primera presidenta, como si eso hubiera sido el acuerdo implícito en el que el partido se unió en torno a Obama. Además, sostenían sus partidarios, ella era sobre el papel la candidata más calificada, según el rango y el alcance de la experiencia previa en el gobierno, los logros educativos y la torpe extravagancia en general -en otras palabras, ella lo resumió presentado su currículum de logros, en lugar de proponer cualquier visión política convincente. Se ignoró también el hecho de que ella fuera una de las mujeres más profunda e intensamente odiadas en la vida pública y se convirtió en el equivalente a cubrirse los oídos y gritar: "¡Sexista! ¡Sexista! ¡Sexista!". También quedó claro desde el principio que su campaña no ofrecería nada más que TOGIW a los electores sindicales y de izquierda liberal. Al parecer, su candidatura dependía de la celebración de género, el feminismo

"Lean In" y la misoginia republicana para movilizar a las "mujeres" como una categoría demográfica abstracta, y una combinación de TOGIW y apoyos de amigos de la gente de color para los negros, latinos, y otros votantes no blancos. En retrospectiva, si no en perspectiva, estaba claro que su candidatura y campaña reunieron casi todo lo que es inadecuado, insatisfactorio y repugnante sobre el ala dominante del Partido Demócrata desde el punto de vista de las preocupaciones de los trabajadores y los intereses políticos de izquierda.

Desde que perdió en 2008 ante Obama, sus partidarios habían entrelazado ese derecho de Clinton con el feminismo burgués: era su turno, insistían muchos, porque a la histórica nominación del primer presidente negro debería seguir la igualmente histórica nominación de la primera presidenta, como si eso hubiera sido el acuerdo implícito en el que el partido se unió en torno a Obama

En ese contexto, la noticia de que Bernie Sanders estaba considerando entrar en la carrera por la nominación fue digna de mención; siempre había sido una voz en el ala izquierda del Congreso. A medida que el enfoque de su campaña tomó forma a fines de la primavera y el verano, mostró un potencial para afirmar una crítica clara y un programa que centrara los intereses y preocupaciones de los trabajadores en el proceso de primarias. La campaña de Sanders pareció alcanzar un punto álgido para ayudar a galvanizar a las fuerzas laborales y de izquierda insatisfechas durante décadas con las presunciones neoliberales de los demócratas sobre el horizonte de lo posible; podría ser un paso significativo hacia la construcción de la voz política institucionalmente basada en la clase trabajadora necesaria para romper el compromiso cada vez más bipartidista de casi cuarenta años, con la primacía de los intereses corporativos y del sector financiero y un régimen de redistribución ascendente que se intensifica constantemente. La formación del grupo *Labor for Bernie* también atestiguó ese potencial.

A partir de ese momento la historia es bien conocida. Pocos de los miembros activos en la campaña, desde el principio, estaban convencidos de que Sanders tenía una oportunidad mayor que la de un simple francotirador de ganar la nominación, aunque muchos pensaron que era mejor apuesta para ganar en noviembre que para ganar la nominación. Es decir, a finales de otoño *Labor for Bernie* programó su primera gran reunión pública para el 1 de abril de 2016, asumiendo que la campaña probablemente habría terminado para entonces, por lo que habría sido una buena ocasión para discutir los próximos pasos. En cambio, la campaña todavía estaba muy viva en esa fecha, e incluso aquellos que tenían expectativas más modestas se preguntaban hasta dónde podría llegar. La reunión se centró en las formas de movilización para las próximas primarias y en hacer todo lo necesario para mantenerla viva el mayor tiempo posible.

Una de las facetas más intrigantes del esfuerzo de Sanders fue su innovador intento de utilizar una

campaña electoral nacional para apoyar y estimular un proyecto de construcción de movimiento, porque los dos operan con lógicas bastante diferentes, de hecho, opuestas. La acción electoral tiene que ver con la movilización y la conexión con los distritos electorales existentes, lo que en términos prácticos significa dirigirse a personas que se entienden más o menos conscientemente, motivadas en torno a un conjunto determinado de cuestiones analizadas y articuladas de manera familiar. Una campaña electoral seria, a pesar de lo que les gusta creer a muchos izquierdistas nominales, debe tener como principal preocupación sumar el mayor número de votos posible. En el nivel más mundano del puerta a puerta electoral se traduce en el imperativo de evitar demorarse en la conversación con los votantes; el objetivo es cubrir tanto territorio como se sea capaz y difundir tanta literatura del candidato como sea posible. El imperativo electoral también impulsa a formular mensajes que se difundan lo más ampliamente posible, privilegiando símbolos concentrados que privilegian estados afectivos sobre programas específicos. En ese sentido, la acción electoral puede ser más eficaz para demostrar el poder que ya se ha ganado en el plano de la organización de los movimientos sociales que en el de la construcción de movimientos.

Una de las facetas más intrigantes del esfuerzo de Sanders fue su innovador intento de utilizar una campaña electoral nacional para apoyar y estimular un proyecto de construcción de movimiento, porque los dos operan con lógicas bastante diferentes, de hecho, opuestas

Por el contrario, la organización opera dentro de un horizonte temporal más largo, menos urgente y más abierto. Su objetivo es construir una relación duradera, lo que requiere una interacción cara a cara intensiva y paciente a lo largo del tiempo. El enfoque organizativo asume la necesidad de generar una base de apoyo o electorado para un programa político, no que ya exista y necesite solo ser movilizad; es el enfoque necesario para un proyecto político insurgente formalmente dirigido a alterar los términos convencionales del debate. La campaña de Sanders montó las tensiones entre esos dos enfoques de manera muy efectiva: ubicó un marco de discurso y un mensaje que fue ampliamente recibido entre la población de clase trabajadora. (Defino la "clase trabajadora" de acuerdo con el criterio simple de Michael Zweig –los que siguen las órdenes en el trabajo en lugar de darlas –que incluye a muchos que se caracterizan habitualmente como clase media en virtud, por ejemplo, de ser propietarios de una vivienda o de ser empleados de oficina). Sanders mostró de manera dramática algo en lo que algunos en la izquierda han insistido durante mucho tiempo, que muchos estadounidenses de todas las razas, géneros y orientaciones sexuales sienten que sus preocupaciones y aspiraciones son ignoradas por ambos partidos políticos y que reaccionarán afirmativamente a las voces que intenten conectarse con ellos.

Durante quince años o más formé parte de un empeño para construir un Partido del Trabajo independiente que se apoyaba precisamente en esa convicción. Nuestra última gran empresa fue

una campaña exitosa para ganar una papeleta oficial de votación para un Partido del Trabajo de Carolina del Sur. Elegimos Carolina del Sur porque teníamos una base sólida de apoyo en el movimiento obrero del estado (la AFL-CIO de Carolina del Sur era una de nuestras afiliadas y su presidenta, Donna Dewitt, era una de las copresidentas de nuestro partido nacional) y un movimiento social denso en conexiones en aquel estado. Además, pensamos que nuestro éxito allí, uno de los estados más rojos del país, donde dominaban las fuerzas políticas reaccionarias, respaldaría el argumento de que los trabajadores en cualquier lugar apoyarían una visión y un programa político de la clase trabajadora, si se presentaran y discutieran con ellos directamente, uno a uno y en grupos pequeños. En esa medida, nuestro esfuerzo se dirigió en parte hacia aquellos territorios con presencia del movimiento sindical institucional y en otros lugares que insistían en que los trabajadores estadounidenses no responderían a los llamamientos directos de clase. Si la clase trabajadora de Carolina del Sur respondía favorablemente, asumimos, eso podría ayudar a contrarrestar la vacilación que atribuimos a inclinaciones más o menos oportunistas o desmoralizadas de subestimar a la clase trabajadora. Tuvimos éxito; más de 16.500 votantes registrados en el estado, la gran mayoría de ellos trabajadores, registraron oficialmente su apoyo al reconocimiento de un Partido del Trabajo de Carolina del Sur para articular y promover un programa importante para ellos.

Los trabajadores en general reconocen que ni los demócratas ni los republicanos abordan sus preocupaciones fundamentales: empleo estable que proporcione un nivel de vida decente y seguridad económica y un mínimo de dignidad

Nuestro éxito en Carolina del Sur no influyó en suficientes escépticos con el movimiento obrero como para alterar la práctica y la inercia de respaldar a los demócratas corporativos, y esperar lo mejor. Sin embargo, sí confirmó la convicción, que fue una piedra angular de la experiencia del Partido del Trabajo, de que los trabajadores en general reconocen que ni los demócratas ni los republicanos abordan sus preocupaciones fundamentales: empleo estable que proporcione un nivel de vida decente y seguridad económica y un mínimo de dignidad. En el trabajo, el acceso a la educación, la vivienda, la atención médica, la dignidad y la seguridad en la vejez, etc., y muchas veces se acercan al campo electoral como un ámbito donde se selecciona a los menos malos. Desde esa perspectiva, vale la pena señalar que de los seis sindicatos nacionales que respaldaron la campaña de Sanders y “Our Revolution”, tres –*United Electrical, Radio and Machine Workers of America; National Nurses United/California Nurses Association*; y el “Sindicato Internacional de Estibadores y Almacenes”– afiliados fundadores del Partido del Trabajo, y los presidentes de otros dos, *Amalgamated Transit Union and American Postal Workers Union*, eran miembros y líderes activos del Partido del Trabajo. La campaña de Sanders se basó en convicciones similares con respecto a la posibilidad de que un programa político abiertamente basado en la clase trabajadora

encuentre amplio eco entre la población en general.

No importa el entusiasmo que despertaran sus primeros resultados, la campaña de Sanders siempre fue una apuesta arriesgada para ganar la nominación. El éxito de la campaña, navegando por las tensiones entre las lógicas electorales y las de la construcción de movimiento oscureció su carácter de apuesta arriesgada por un tiempo, pero las probabilidades de que Clinton fuera la candidata final siempre fueron mucho mayores. Es importante tener esto en cuenta porque en el inicio de la campaña ganó popularidad una discusión fundamentalmente contraproducente de por qué Sanders no logró ganar la nominación. Gran parte de esa discusión se dio en las reuniones de coordinación del lunes por la mañana, un pretexto para las afirmaciones de que, si la campaña hubiera seguido alguna otra trayectoria favorecida por quienes hacen los mensajes, habría tenido más éxito, o una insinuación en el sentido de afirmar que el no haber ganado la nominación representa el esfuerzo, retrospectivamente, como erróneo o una pérdida de tiempo. Las preguntas importantes no se refieren a por qué Sanders "falló", sino a cómo deberíamos orientarnos en el futuro para aprovechar el impulso generado por la campaña. Ésta es una razón por la que *Crashing the Party* es una intervención política importante. El relato de Gautney sobre la campaña no solo tiene las virtudes del conocimiento y la perspectiva de un miembro integrante de ella; también se centra en cómo comprender y aprovechar el impulso generado por la campaña.

Cómo pensar y abordar el futuro es la clave. Mientras escribo, tres meses después de que Trump haya alcanzado la presidencia, la izquierda sustentada en Internet y en la identidad está haciendo, en general, lo que suele hacer: o emitir y pelear por grandes pronunciamientos y, tan a menudo, expresarse en un tono de onanismo autoindulgente; o buscar pruebas putativas de una traición y explayarse sobre si "nosotros" deberíamos alinearnos con los demócratas empresariales o los demócratas a secas como una cuestión de elevados principios; lanzando advertencias o acusaciones, comúnmente impulsadas por anacrónicas analogías, sobre capitular ante el racismo y el sexismo dentro de la clase trabajadora blanca, y manejar datos de encuestas que pretendían demostrar que esas eran las motivaciones esenciales de los trabajadores blancos para votar a Trump; y extraviándose hacia políticas sustitutivas que buscan la confrontación, como movilizarse contra los anuncios de Pepsi y la manteca de karité. Uno podría pensar que la elección de Trump habría tenido un efecto positivo contra la persistencia de tales idioteces carentes de sentido y contraproducentes. Para algunos de los que frecuentan esa especie de mundo sucedáneo de la izquierda, lo tiene; sin embargo, para muchos otros, las elecciones y sus probables consecuencias, no los ha llevado a ninguna reflexión crítica. A muchos otros los ha llevado a redoblar las patologías interpretativas que han incrementado su irrelevancia durante la última generación. Sería sensato acordarse de esa realidad mientras desenredamos las madejas de las controversias apresuradas sobre una u otra publicación de blog o la guerra de Twitter.

Los liberales *clintonistas* tienen sus propias narrativas que minimizan las lecciones que se pueden extraer de la victoria de Trump. La justifican principalmente con excusas familiares: el "realmente ganamos, pero nos las robaron". La idea se remonta a Gore y Kerry (Los republicanos hicieron trampa en las tres contiendas, sin duda, pero ninguno debería haber estado lo suficientemente

cerca –Bush era un candidato despreciable en 2000, más aún en 2004, y Trump es Trump– como para que las trampas del Partido Republicano hubieran dado la vuelta a las elecciones). O que Nader creó confusión y los hizo quedar mal y los debilitó injustamente en 2000, y Sanders hizo lo mismo en 2016. Lo que se destaca de esa argumentación particularmente es su implicación con la idea de que los demócratas de la principal corriente tienen derecho a votar por todas las izquierdas del centro sin saber hacer nada para ganarlo. Ese punto de vista es coherente con su convicción de que no puede haber una alternativa realista a una política centrada en Wall Street y la clase inversora y que es ingenuo e irresponsablemente utópico imaginar lo contrario. Los *clintonistas* comúnmente atribuían la derrota de Kerry al atraso y la intolerancia de los votantes blancos de la clase trabajadora. Como me dijo un colega (afroamericano) de la Ivy League pocos días después de las elecciones de 2004, al rechazar mis sugerencias sobre las razones por las que esos votantes en áreas económicamente deprimidas podrían haber sido escépticos sobre Kerry: "Tienes que admitir, Adolph, que esas personas simplemente no son como nosotros", con lo que quería decir que eran fanáticos ignorantes y mezquinos. Entre 2008 y 2016, esa petulante percepción se convirtió en una premisa fundamental del neoliberalismo democrático. Coincide perfectamente con su desdén por las instituciones públicas, su insistencia en que la gente pobre "juega según las reglas" y que el infame comentario de Hillary Clinton sobre la «cesta de deplorables» ha sido criticado injustamente como un castigo de los votantes de Trump en todos los ámbitos, mientras que ella lo planteaba como referencia al grupo genuinamente deplorable de elementos cripto-fascistas, racistas y misóginos que acudieron en masa a su campaña. Sin embargo, era vulnerable a esa mala interpretación porque el ala *clintonista* del partido, incluidos ella, Obama y Bill Clinton, se ha dirigido de manera tan conspicua a la clase inversora y los estratos profesionales y gerenciales. La nominación de Trump solo le dio una excusa para dirigir su campaña a los "republicanos moderados" que existen principalmente en la cabeza de los encuestadores; es casi seguro que lo habría hecho de todos modos.

Los liberales clintonistas tienen sus propias narrativas que minimizan las lecciones que se pueden extraer de la victoria de Trump. La justifican principalmente con excusas familiares: el "realmente ganamos, pero nos las robaron". La idea se remonta a Gore y Kerry

El resultado de las elecciones de 2016 subrayó la seria advertencia del fundador del Partido del Trabajo, Anthony Mazzocchi, después de señalar que los demócratas ofrecen poco para abordar el deterioro de la inseguridad entre la clase trabajadora en general, que a menos que los trabajadores y la izquierda ofrezcan una respuesta convincente, alternativas políticas y programáticas, las fuerzas peligrosamente reaccionarias podrían hacer grandes avances entre los trabajadores proporcionando diagnósticos y programas superficialmente plausibles impulsados ??por chivos expiatorios y represión. Y aquí estamos.

Crashing the Party articula una perspectiva que apunta a cómo podemos aprovechar el entusiasmo y el impulso que generó la campaña de Sanders. Eso es especialmente importante ahora que los reaccionarios controlan el gobierno federal, así como treinta y tres gobiernos y veinticinco legislaturas estatales. Los objetivos clave son sencillos. Necesitamos concentrarnos en recuperar tantas legislaturas, gobiernos estatales y escaños en el Congreso de los republicanos como sea posible en 2018. Ese es un objetivo tanto defensivo como ofensivo. El imperativo primordial es bloquear y frenar al gigante de la derecha de todas las formas y en los frentes que podamos, porque esas fuerzas tienen la intención de destruir toda la protección social ganada durante los últimos cien años o más. Esa orientación en la tarea inmediata también alimentaría los esfuerzos para crear espacio y construir para hacer más en 2020 y más allá. Ese objetivo requerirá conectarse con personas, incluidos tantos votantes de Trump como sea posible, que no se identifiquen automáticamente como liberales o progresistas en torno a preocupaciones que se comparten ampliamente y problemas que agudizan las contradicciones dentro de la base electoral de Trump/Partido Republicano, particularmente entre la gente trabajadora, que se han convertido en parte de esa base por defecto porque el neoliberalismo democrático les ofrece tan poco.

También debe quedar claro que los patrones de alianza política y movilización con los que venimos operando no son suficientemente efectivos. En parte esto se debe a que, a medida que el centro de gravedad de los demócratas se ha movido hacia la derecha, la lógica del TOGIW ha descuidado o incluso sacrificado cada vez más las preocupaciones de la base de la clase trabajadora para demostrar madurez política o responsabilidad, es decir, para satisfacer a Wall Street.

El reciente gobernador de Illinois, Pat Quinn, es un ejemplo estelar de esta estrategia y hacia dónde conduce. Al ser elegido, casi de inmediato se lanzó al ataque contra los sindicatos del sector público que habían jugado un papel importante en su elección. Cuando se postuló para la reelección, todavía ganó el voto sindical contra el fondo de cobertura republicano, el multimillonario Bruce Rauner, pero su porcentaje de apoyo sindical, así como el de otros sólidos distritos electorales demócratas, cayó lo suficiente como para provocar su derrota y, por lo tanto, llevar al estado a años de horror. Se puede argumentar que las campañas de Quinn y Clinton fueron defectuosas, incoherentes y caóticas internamente, pero todas las campañas lo son; el hecho es que la elección de Rauner en 2014 y la de Trump en 2016 son la culminación de la estrategia TOGIW.

El imperativo primordial es bloquear y frenar al gigante de la derecha de todas las formas y en los frentes que podamos, porque esas fuerzas tienen la intención de destruir toda la protección social ganada durante los últimos cien años o más

Los éxitos de Barack Obama en 2008 y 2012 alimentaron la impresión de que los demócratas podrían ganar con una coalición electoral basada en un liberalismo redefinido, centrado en distritos electorales basados en algunas adscripciones: negros; hispanos y otros no blancos; personas lesbianas, gays, bisexuales, transgénero, queer, intersexuales y aliadas; mujeres, al mismo tiempo que sustituyen el compromiso con la diversidad y el multiculturalismo dentro de las relaciones de clase neoliberales por la búsqueda de una redistribución económica descendente y cuentan con TOGIW para inducir a los sindicatos a financiarlos y movilizarse para ellos. Sin embargo, como táctica puramente electoral, los números no se suman a una mayoría electoral fiable. La victoria inicial de Obama fue asistida por el efecto novedoso de la posibilidad de una primera presidencia negra, que impulsó la participación y pareció ofrecer alguna razón afirmativa para votar en lugar de solo TOGIW, y la crisis económica también preparó a los votantes para un mensaje de “cambio genérico”. La candidatura de Clinton en 2016 no generó el mismo entusiasmo, incluso cuando sus seguidores y lebreles intentaron enfatizar la importancia histórica de elegir a la primera mujer presidenta. Sin duda, el sexismo influyó y, a pesar de la constante queja de su aparato de que ganaría como la mejor calificada, fue una candidata dañada desde el principio. Además, ocho años de una presidencia de Obama que hizo tan poco para cumplir con la grandiosa pero evanescente promesa de liberación evocada en la mística de su primer mandato presidencial llevó a muchos votantes a recelar de continuar en esa línea.

Además, la decisión de movilizarse en esos términos, sin hacer también llamamientos a las preocupaciones de la clase trabajadora, brindó a los republicanos la oportunidad de movilizarse contra la diversidad y el multiculturalismo, en parte al situar esos valores entre las poblaciones de la parte superior e inferior del orden social, que podrían ser el chivo expiatorio como responsable de la inseguridad de la clase trabajadora (blanca). En resumen, una lección crucial que se debe aprender.

La victoria de Trump es el resultado de eludir las preocupaciones de los trabajadores de todas las razas, géneros, orientaciones sexuales, etc. El neoliberalismo demócrata es contraproducente y, como advirtió Tony Mazzocchi, allana el camino para los reaccionarios. Mantener a raya al monstruo republicano requerirá una ruptura con la estrategia política contraproducente que apunta a apelar de la misma manera a los mismos distritos electorales artificiales más o menos formalistas que han anclado la versión del neoliberalismo demócrata de una base social, el mismo enfoque para la construcción de coaliciones que ha desdeñado las preocupaciones de la clase trabajadora en detrimento de los intereses igualitarios en todos los ámbitos. El coordinador nacional de Labor Campaign for Single Payer y exlíder del Partido Laborista, Mark Dudzic, lo expresa con maravillosa claridad y de manera mordaz, en un ensayo escrito justo después de las convenciones demócrata y republicana. Él llama la atención sobre el hecho de que

«muchos en el establishment demócrata culpan a los trabajadores blancos atrasados ??por el éxito de la insurgencia de Bernie Sanders. Joan Walsh, entre muchos otros, opinó que el apoyo sustancial a Sanders entre los trabajadores blancos (que apoyaron abrumadoramente a Clinton en

2008) se debe a que "ha sido dañada su identificación por su asociación con el primer presidente negro". Y Paul Krugman, ese eterno guardián de la puerta izquierda de la clase dominante, pontificó que la campaña de Sanders no entendió la importancia de la "desigualdad horizontal" entre grupos. ¿Qué diablos significa eso? La "clase trabajadora blanca", como la "comunidad negra", es una abstracción que no existe en ningún lugar del mundo real. La clase trabajadora estadounidense es amplia y diversa. Ya ni siquiera es tan blanca y ciertamente no es tan masculina. Sus condiciones están determinadas por su posición dentro de una economía política pero, como todos los demás, la experiencia y la conciencia de los trabajadores individuales está formada por toda una serie de relaciones y experiencias contingentes. El uso reciente del tropo de la clase trabajadora blanca enojada intenta extraer a los trabajadores blancos de estas dinámicas de clase y presentarlos como un grupo natural demonizado y marginado.»

También debería quedar claro que el lanzar algunas preguntas como si debiéramos alinearnos con los demócratas en el plano del principio político central es una tontería diletante. La única respuesta a tales preguntas puede ser: "depende de circunstancias particulares, historias políticas locales y patrones de alianza, y cuáles son las alternativas reales". *Crashing the Party* puede ser un recurso importante para ayudar a calcular los niveles concretos en los que debemos concentrarnos si queremos cambiar la marea reaccionaria.

Adolphe Reed. Profesor emérito de Ciencias políticas en la Universidad de Pensilvania, especializado en estudios sobre temas de racismo y política estadounidense. El texto es la Introducción de Adolph Reed, Jr. al libro del sociólogo Heather Gautney, *Crashing the Party. From the Bernie Sander Campaign tot a progressive movement*, Verso Books, New York, 2018. La traducción es de Andrea Tappi y Javier Tébar Hurtado.